

ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



LECCIÓN 292

Todo tendrá un desenlace feliz.

Comentario de Sarah:

Cuando leemos en el Manual para el Maestro, el Desarrollo de la Confianza, que la primera etapa es un "período de deshacimiento" y que parece que nos quitan cosas porque carecen de valor, podemos preguntarnos qué es eso. Qué es lo que se está quitando y deshaciendo y por qué se experimenta como algo generalmente doloroso aunque no tiene por qué serlo. (M.4.1.A.3) Parece que estamos apegados a nuestra infelicidad, a nuestro victimismo y a nuestra forma de estar en el mundo. Nos cuesta soltar la imagen de nosotros mismos como menos que amables. Nos hacemos daño con el apego a nuestra falsa identidad. Renunciar a ella es liberador, pero mientras la atesoramos, puede parecer doloroso que nos quiten aquello a lo que nos aferramos.

Se necesita conciencia y esfuerzo para soltar nuestra forma de ver las cosas, nuestras creencias sobre dónde está nuestra felicidad y nuestro control sobre los resultados. Pero eso es lo que se necesita para liberarnos del sufrimiento. Requiere cuestionar la realidad tal y como la hemos creído. Estamos llamados a cuestionar muchas cosas que pensamos que son necesarias para nuestra felicidad, incluyendo: cómo vemos las relaciones; las creencias que tenemos sobre quiénes somos; la creencia de que podemos morir; la creencia de que necesitamos controlar, gestionar y arreglar las cosas en el mundo; nuestra inversión en la competencia y en ganar a los demás; la creencia en la realidad del tiempo; y la creencia en la realidad del mundo y de los cuerpos. En otras palabras, tenemos que cuestionar nuestro marco de referencia actualmente aceptado. Nada de lo que consideramos importante en el mundo nos ha aportado, o nos aportará, verdadera paz y alegría. Experimentamos lo que llamamos placer, pero nada de ello durará, que es la razón por la que todo placer está teñido de miedo. Lo que parece y se siente como placer es fugaz y siempre traerá dolor. **“Es imposible tratar de obtener placer a través del cuerpo y no hallar dolor.”** (T.19.IV.B.I.12.1) (ACIM OE T.19.Vb.71) Jesús nos dice: **“Todos los caminos que te alejan de lo que eres te conducen a la confusión y a la desesperanza.”** (T.31.IV.9.5) (ACIM OE T.31.IV.41)

Pero ahora hay una salida. ¿Por qué no íbamos a elegirla? La única razón por la que nos retenemos es el miedo. ¿Qué sería de mí sin mis pensamientos? Nos hemos acostumbrado tanto a escuchar al ego - la mente equivocada- que creemos que es lo que somos. Esta voz es insistente, estridente y obsesiva. Cuando la escuchamos, nos mantiene haciendo las mismas cosas una y otra vez en la creencia errónea de que por fin podemos hacerlo bien y lograr alguna apariencia de paz y felicidad en nuestras vidas. Esta voluntad extraña, con la que hemos llegado a identificarnos, se empeña en mantener un estado de separación. Nos mantiene arraigados en la ilusión, con momentos de aparente placer para compensar la sensación general de dolor y desesperanza que hay todo el tiempo. Hemos trabajado valientemente para adaptarnos a esta realidad y hemos intentado que funcione para nosotros, pero la

verdadera paz, la alegría y el amor se nos escapan. La mente que comienza a cuestionar radicalmente la naturaleza de este mundo y de nuestras vidas es lo que inicia el proceso de curación.

Jesús dice: **“Todo tendrá un desenlace feliz.”** (L.292), pero ¿qué significa un resultado feliz? ¿Significa que mis necesidades, tal como las percibo, serán satisfechas? ¿Significa que no tendré ningún problema? ¿Qué problemas parece estar confrontado hoy? Puede ser útil enumerarlos. Ahora pregúntate qué sería un resultado feliz para cada problema. ¿Buscas más dinero, un mejor trabajo, una relación romántica, una mejor salud, un coche más bonito, unos hijos mejor educados, un nuevo vestuario, unas vacaciones, un retiro, un mejor cuerpo, reconocimiento, mejor sexo o una nueva pareja? La lista de lo que pensamos que queremos para nuestra felicidad puede ser extensa.

Jesús no nos considera equivocados por tener metas en este mundo, ni sugiere que perseguirlas nos haga sentir culpables. Lo único que dice es que no nos traerán la felicidad que buscamos. **“No busques esto en el desolado mundo de las ilusiones, donde nada es seguro y todo te deja insatisfecho. En el Nombre de Dios, estate completamente dispuesto a abandonar todas las ilusiones.”** (T.16.IV.9.4-5) (ACIM OE T.16.V.38) Él quiere que conozcamos nuestra verdadera felicidad. Cuando somos radicalmente honestos con nosotros mismos, podemos ver que cuando hemos logrado nuestras esperanzas y deseos en el sueño, la paz, la alegría y la felicidad nos siguen eludiendo. Pero esto no hace que nuestras búsquedas en el mundo sean erróneas. Como dice Jesús: **“Para eso viniste, y es indudable que harás lo que viniste a hacer.”** (L.131.3.2)

Él sabe que vinimos a experimentar este mundo, y es aquí donde va nuestra atención hasta que aceptamos un nuevo propósito. Claramente, mientras nos experimentamos viviendo en este mundo, Jesús reconoce que hay cosas que necesitamos para mantener nuestras vidas. **“Se te ha dicho que le pidas al Espíritu Santo la respuesta a cualquier problema específico, y que recibirás una respuesta específica si esa es tu necesidad.”** (Canto de Oración 1.I.2.1) Mientras sigamos creyendo en lo específico, así es como se nos responderá. Jesús reconoce que **“hay decisiones que tomar, y tienen que tomarse sean o no ilusiones.”** (CO.1. I.2.4) Él es, en definitiva, práctico.

Al ir en pos de las cosas de este mundo, estamos llamados a ver qué propósito tienen. ¿Nuestro propósito es permanecer invertidos en la ilusión, o estamos dispuestos a utilizar todo lo que hay aquí como telón de fondo para el perdón y la curación? Cuando nuestras actividades sirven al propósito de despertar del sueño, entonces cada situación, cada ocurrencia, cada relación y cada encuentro sirven como un plan de estudios perfecto para el perdón y la curación. Ya sea que veamos los eventos de nuestra vida como buenos o malos, el Espíritu Santo nos muestra cómo usar la situación para la sanación. Así, nunca hay nada malo que aparezca. Todo está perfectamente orquestado para nuestro mayor bien. Cuando estamos dispuestos a entregar todas nuestras necesidades percibidas al Espíritu Santo y dejar que Él guíe nuestras actividades, todo se vuelve sin esfuerzo.

Hace varios años, cuando mi madre tenía 98 años, necesitaba brindarle más apoyo. Me sentía abrumada por sus problemas y necesidades y me preguntaba cómo podría atender todas sus necesidades y la cantidad de tiempo que me llevaría. Había rellenado un formulario para el transporte en silla de ruedas, pero cuando fui a visitarla, a cierta distancia de mi casa, me había dejado el formulario en casa. Me juzgué por mi falta de atención, pero pregunté si había otro formulario disponible en su centro. No pude encontrar el formulario, pero en el proceso de búsqueda conocí a varias personas que me ayudaron a poner en marcha numerosas actividades para apoyar sus necesidades. Todo fue muy fácil. Lo que podría haberse visto como un problema resultó ser una inmensa bendición. No podemos saber para qué sirve todo. El Espíritu Santo está siempre disponible

en cada situación, esperando que nos dirijamos a Él para que pueda satisfacer nuestras necesidades, siempre que sigamos pensando que son específicas. Lo único que tenemos que hacer es aceptar Su ayuda y dejar de pensar que tenemos que resolver todo por nosotros mismos. Es cuestión de apoyarnos en Él y confiar en la guía que nos da.

Nuestra práctica nos lleva a un lugar de profunda entrega que nos lleva al mundo real. El momento de hacerlo no depende de nosotros. Pero sí requiere que estemos dispuestos a abandonar nuestro camino, nuestras comprensiones, nuestras percepciones del problema, nuestros intentos de controlar cada situación, nuestras opiniones y nuestra creencia de que sabemos para qué sirve todo. **“Las promesas de Dios no hacen excepciones.”** (L.292.1.1) Todavía no creemos totalmente que esto sea cierto. Todavía nos aferramos a nuestras propias soluciones generadas por nuestra propia voluntad. Dios **“garantiza que la dicha será el desenlace final de todas las cosas.”**, (L.292.1.2) pero Jesús nos dice que **“de nosotros depende, no obstante, cuándo habrá de lograrse eso: hasta cuando vamos a permitir que una voluntad ajena parezca oponerse a la Suya”**. (L.292.1.3) Nosotros decidimos el ritmo de nuestra propia curación. Elegimos cuándo estamos dispuestos a entregar cada situación al Espíritu Santo hasta que el perdón sea completo. El viaje va tan lento o tan rápido como lo determine nuestra disposición. No seremos arrojados al Cielo, así que no hay nada que temer.

La realidad es que no necesitamos hacer nada. Ya estamos al otro lado del puente. Ya estamos en casa con Dios. El Principio de Expiación es la seguridad de que no nos hemos cambiado a nosotros mismos. Sólo podemos creer que lo hemos hecho. Hemos soñado esta existencia, pero no es la verdad. Seguimos siendo completamente inocentes; pero para darnos cuenta de ello, tenemos que seguir observando los pensamientos y creencias que bloquean nuestra conciencia de lo que realmente somos. A medida que estos pensamientos salen a la luz, se produce la curación.

Leemos en el capítulo 24 que debemos cuestionar todos los valores que abrigamos. **“Mas una creencia que no se haya reconocido es una decisión de batallar en secreto, en la que los resultados del conflicto se mantienen ocultos y nunca se llevan ante la razón para ver si son sensatos o no.”** (T.24.I.2.2) (ACIM OE T.24.II.4) Así, sólo podemos perdonar lo que reconocemos. Cuando culpamos a nuestro hermano y queremos triunfar sobre él, nos aferramos a nuestro especialismo en lugar de aceptar la verdad. Sólo cuando asumimos la responsabilidad de nuestros pensamientos podemos iniciar el proceso de dejar ir. Perdonar es asumir la responsabilidad de todo lo que hay en nuestro mundo. Todo es nuestra propia película de nuestra invención.

Somos nosotros los que elegimos el ataque en lugar del amor. Somos responsables de nuestras interpretaciones. **“No te engañes por más tiempo pensando que eres impotente ante lo que se te hace. Reconoce únicamente que estabas equivocado, y todos los efectos de tus errores desaparecerán.”** (T.21.II.2.6-7) (ACIM OE T.21.III.16)

¿Por qué nos aferramos a nuestro propio camino? ¿A qué se debe esta resistencia? Creemos que se trata de nuestra supervivencia física y psicológica. Pensamos que el "yo" con el que nos identificamos es nuestra realidad, por lo que intentamos mantener a salvo este yo mítico. Sin embargo, el final es el mismo para todos nosotros. No podemos escapar a la destrucción final del cuerpo, y por eso odiamos el cuerpo. **“Pues las fantasías han hecho de tu cuerpo tu "enemigo"; algo débil, vulnerable y traicionero, merecedor del odio que le tienes.”** (T.18.VI.6.5) (ACIM OE T.18.VII.54) Odiamos el cuerpo de nuestro hermano, **“Pues a lo que tú llamas pecado, no es más que una**

limitación, y odias a todo aquel que tratas de reducir a un cuerpo porque le temes.”
(T.21.III.7.2) (ACIM OE T.21.IV.35)

Seguimos creyendo que hay algunos resentimientos que no se pueden perdonar; que hay adicciones que nos tienen tan atrapados que no se pueden romper; que nuestros mejores esfuerzos por darle la vuelta a algunas situaciones no nos han traído la paz; y que nuestra ira puede seguir disparándose de un momento a otro. ¿Qué hacer? Empezamos a sentirnos desesperados y nos preguntamos si estamos más allá de la redención. Pero esos son los mismos pensamientos que se resisten obstinadamente a la curación sólo porque seguimos queriendo aferrarnos a ellos. Elegimos creerlos y, mientras lo hagamos, serán implacables. Este lugar de resistencia obstinada en nosotros no es real. Es otra falsa creencia, y tenemos el poder dentro de nosotros para liberar todas las falsas creencias que tenemos sobre nosotros mismos.

“No hay afirmación que el mundo tema oír más que ésta: No sé lo que soy, por lo tanto, no sé lo que estoy haciendo, dónde me encuentro, ni cómo considerar al mundo o a mí mismo. Sin embargo, con esta lección nace la salvación. Y lo que tú eres te hablará de Sí Mismo.” (T.31.V.17.6-8) (ACIM OE T.31.V.60, 61) Nunca lo haremos solos. Él ofrece el milagro cuando estamos preparados, pero no hasta que estemos preparados. La elección es nuestra. Debemos pedirle que **“nos ayude a no interferir”**. (L.292.2.2) Sólo nosotros podemos entrometernos. **“Me haré a un lado y dejaré que Él me muestre el camino”**. (L.155) Sólo nuestros pensamientos y creencias que interfieren **“demoran así el feliz desenlace que nos has prometido para cada problema que podamos percibir y para cada prueba por la que todavía creemos que tenemos que pasar.”** (L.292.2.2)

Seguimos siendo profundamente escépticos en cuanto a que el Espíritu Santo nos libere. Jesús lo sabe de nosotros, y por eso nos da una **“garantía de que al final todo tendrá un desenlace feliz.”** (L.292.2.1). **“Pues la Voluntad de Dios se hace en la tierra, así como en el Cielo.”** (L.292.1.6) Sin embargo, no se hace sin nosotros porque Su Voluntad es nuestra verdadera voluntad. Jesús honra nuestro concepto del tiempo y nuestras elecciones. “¿Cuánto tiempo queremos esperar?” “¿Cuánto tiempo queremos demorarnos?” “¿Cuánto tiempo queremos sufrir?”

Dejemos de esforzarnos por cambiarnos a nosotros mismos y de intentar ser mejores, más cariñosos, más amables, más dulces y más dadivosos. Ya podemos relajarnos. No tenemos que convertirnos en nada. Nuestro único trabajo es cuestionar y descubrir todo lo que creemos que somos y todo lo que creemos que sabemos. Sólo tenemos que renunciar a todo lo que interfiere con la magnificencia de lo que ya somos. Nuestros esfuerzos por mejorarnos nunca funcionarán. Siempre fracasaremos, y luego nos castigaremos a nosotros mismos por nuestro fracaso y decidiremos que estamos más allá de la redención. Ríete de esta tontería. Date cuenta de que el ego realmente está luchando por su último hurra y la mejor defensa es reírse de sus tonterías. Simplemente presencia sus esfuerzos inútiles y no te castigues por sus intentos de mantenerte en el infierno. Nuestra realidad es inmutable. Sólo tenemos que seguir haciendo el trabajo de perdón de dejar ir todo lo que interfiere con la verdad de lo que somos. Deja que el Espíritu Santo se encargue de todo. ¡No necesitas hacer nada! **“Todo tendrá un desenlace feliz”**. (L.292) Hoy, resolvamos abandonar nuestros sueños de miseria.

Amor y bendiciones, Sarah